UNA HISTORIA DE RECLUTAS

Mientras varios contemporáneos, como contaba en precedente croniquilla, hicieron su servicio militar en Vitoria y yo me libraba por sorteo, Ignacio Zabala lo cumplía en el Regimiento de Ingenieros de Madrid, en el que a poco de ingresar y dada su condición de estudiante de la especialidad lo promovieron al empleo de cabo.

Con esta graduación, recibió un día la orden de relevar a la guardia de la casa de la Moneda. La operación debía realizarse con todos los rigores de la Ordenanza, es decir en formación, barbuquejo sobre el mentón, fusil al hombro y marcando el paso.



Llegada de nuevos reclutas para el servicio militar
Foto: ARQUÉ Año 1971 Fuente: AMVG

Pero he aquí que a poco de salir del cuartel, empezó a llover, primero débilmente y luego con intensidad y dándose perfecta cuenta nuestro cabo de la situación militar de su tropa, en un alarde de improvisación estratégica, aplicada al caso, mandó parar un coche de punto y metiendo en él a toda la guardia se presentó en la Casa de la Moneda, con la tropa apelotonada dentro de la berlina y los fusiles asomando por las ventanillas.



Saltos con aparatos en la base militar de Araca
Año 1966

Y menos mal que la lluvia, torrencial en aquel momento, había barrido de la puerta a la guardia anterior y no lo vio el oficial, porque por lo demás, ningún cabo de ejército conocido había dado motivos más concretos para ser fusilado sobre el terreno, sin formación de causa.

Se celebró por entonces un partido de fútbol entre selecciones militares y con aquello de que la situación “en Caja” o en reserva, perdura oficialmente hasta los treinta y ocho años, allí formaban jugadores de todas las edades.

Y cuando desde la tribuna vimos aparecer a los equipos, figurando en ellos jugadores tan veteranísimos que rondaban, si no sobrepasaban los treinta años, exclamaba Ignacio con grandes aspavientos: ¡¡¡ Coroneles, nooo !!!

Álvaro Vidal-Abarca (año 1976)